

car, no es menester llevarla al punto de volverse mudo. Una persona taciturna en la conversacion, es una persona que quiere entrar al teatro sin billete de entrada; es una persona que quiere gozar sin contribuir.

Un taciturno incomoda por varias razones: 1º estorba la comunicacion de los sentimientos, los cuales suelen adquirir fuerza difundíendose; 2º presenta la idea de un censor severo, que parece acusar á los presentes de frivolidad; 3º escita una desconfianza nada favorable á la jovialidad.

Una persona que habla, nos dá, por decirlo así, la medida de sus fuerzas: sus ideas, sus sentimientos, sus gustos, los movimientos de su fisonomía, la calidad de sus gestos, la descubren á nuestra mirada: sabemos con esto cómo deba uno regularse con ella. Al contrario, una persona que calla, inspira desconfianza, porque se recela de todo lo que no se conoce. Por otra parte, no se sabe lo que pueda agradarle ó causarle disgusto: esta incertidumbre se vuelve un límite ilegítimo á la facultad de hablar y obrar y por esto es muy penosa. Finalmente, así como en el comercio queda ofendido el amor propio de un negociante cuando ve desairadas sus libranzas, así en la conversacion desagrada al amor propio de los presentes la vista de una persona que no corresponde á su alegría y rehusa acompañarse con ellos; por esto es perdonada mas fácilmente la frivolidad que la taciturnidad.

Esta puede ser producida por cinco causas: 1º *Por falta de ideas ó estupidez.* En este caso es ciertamente mejor consejo callar que hablar; puesto que hablando se acarrearía uno desprecio para sí y causaría fastidio á los demás. Las personas taciturnas pertenecientes á esta clase, son toleradas en las tertulias, como se toleran en la sociedad los menesterosos impotentes: la beneficencia pública los alimenta. No pudiendo contribuir á la conversacion, deben representar el personage del mono, esto es, acomodarse á la manera de los sentimientos que se demuestran por otros.

2º *Por desconfianza excesiva de sí mismo.* Esta cualidad se encuentra tal vez aun en personas de carácter amable, y proviene de falta de educacion y de trato: es una debilidad que merece indulgencia al menos al principio, aunque dañe á la sociedad, privándola de muchas ideas útiles: se dice al menos al principio, porque un poco de esperiencia dándonos la medida de las fuerzas de otro y de las nuestras, debe desaparecer esta desconfianza si no está unida á la estupidez.

3º *Por escasa ciencia y mucha vanidad.* Algunos no se atreven á contradecir por no ser contradichos; su paciencia no es sino un tímido orgullo; su silencio es un medio de seguridad; callan por no esponerse á la censura.

4º *Por necio orgullo.* El refinado y henchido amor propio, desdeña tomar parte en las frivolidades.

des de la conversacion, y comunicar á otros sus mas sublimes conceptos. Hay tambien oyentes desdeñosos que, por no conceder ligeramente su admiracion, niegan la aprobacion mas merecida.

5º *Por malicia.* El orgullo anda frecuentemente unido á un mal carácter; de aquí es que el silencio, es no pocas veces efecto de malicia. Volviendo de la tertulia en que no han proferido palabra, algunos pasan en revista todo lo que en ella se dijo, con intencion de censurar los discursos mas indiferentes; malévolos observadores, cuyo silencio es un espionage siempre pronto á abusar de la ventaja que obtienen las almas falsas y frias sobre la veracidad y la franqueza. Se preguntó á Mr. Fontanes, célebre matemático, qué se hacia en las tertulias donde siempre estaba taciturno: *Estoy observando, dijo, la vanidad de los hombres, para herirla cuando haya ocasion.* ¡Hermosa tarea para un filósofo!

Algunos, finalmente, no son taciturnos en las tertulias sino misteriosos; dicen algunas cosas, y despues truncan el discurso con aire de importancia y misterio. Esta conducta es doblemente censurable; porque de un lado escita una curiosidad que no queda satisfecha, y de otro hace suponer que él cree incapaces á los presentes de silencio, ó capaces de traicion.

6º *Egoismo.*

Si á la locuacidad se junta el egoismo, esto es, si

siempre hablamos de nosotros mismos, de nuestros gustos, de nuestras cosas, en suma, de cuanto nos pertenece, debemos estar ciertos de que enfadamos desmedidamente á los que nos escuchan. Es difícil hallar un viagero que sea sóbrio en la narracion de sus viages; un cliente en la de sus pleitos; un jóven romántico en la de sus aventuras. Sin aguardar á que la analogia de las ideas guie el discurso adonde ellos quieren, algunos hablan de su muger que es una escelentísima criatura; de sus hijos que han sacado una índole bellísima; de sus maestros, que son otros tantos Sócrates; de sus negocios, que todos van perfectamente; de sus enemigos, que son la flor y nata de los bribones. Los jóvenes poetas se muestran frecuentemente invadidos de esta manía, porque, lisonjeándose fácilmente de haber compuesto versos sublimes, quieren recitarlos aun á los sordos.

.... Recitador acerbo

En fuga pone al docto é ignorante.

Si luego á alguno atrapa, lo asesina

Leyendo sin parar; y de contado

Que hasta no derramar bastante sangre,

Sanguijuela, del cútis se separe.

Llegan á tanto á veces la estolidez y vanidad, que no pudiendo hacer nuestras bellas cualidades objeto de la atencion de otros, les presentamos nuestras incomodidades, nuestras debilidades, nuestra pusilanimidad y acaso aquellos males, que siendo comunes, no merecen una especial reflexion.

Crece la impertinencia, si á la gana de hablar siempre de sí, se une la pretension de superar en todo á los demás. Al oír á un necio de estos, sus caballos son mas veloces que los de Aquiles, sus criados mas advertidos que los de Ulises, su cocinero mas sagaz que Apicio. El sol saluda su habitacion con los primeros y últimos de sus rayos; el aire no es puro sino en su casa de campo; en ningun jardín huelen las flores tan suavemente como en el suyo. ¿Quién se mueve en el baile mas graciosamente que él? ¿En la competencia de la belleza no podria disputar la manzana á las tres diosas? De aquí es que ora aspira al sublime honor de pasar antes que otros; ora se queja, porque no pliegue la cabeza hasta dar con la frente por tierra el que le quita el sombrero. Sus vanidades rayan siempre en la mentira cuando habla con personas que no le conocen.

Y como los hombres anhelan mas por los aplausos que por la instruccion, y se inclinan mas á censurar que aplaudir; por esto aparecer en las tertulias mas ocupados de sí mismos que de otros, querer sobresalir entre todos, aspirar á singularizarse á espensas de otro, es el medio mas seguro de hacerse ridículo y despreciable.

La manía de representar un personage distinguido en la tertulia y hacerse el objeto de todas las miradas, es el defecto principal de los hombres de talento, los cuales quieren mejor conversar con per-

sonas de poco lastre á quienes imponer con sus discursos, que encontrarse en corro con sus iguales de quienes temen esa imposicion; es decir, prefieren ser reyes en una mala compañía, que ser súbditos en una buena. Mas solo una vanidad pueril puede complacerse con el homenaje de aquellos á quienes ella desprecia.

El amor desordenado de nosotros mismos, fijándonos en la mente la idea de nuestras cualidades, las engrandece desmedidamente, como el sol occidental engrandece la sombra de nuestro cuerpo y la presenta gigantesca.

Puede citarse en este lugar el defecto de los que ensalzan su arte ó profesion sobre todas las demás, mostrando los inmensos bienes de que son fuente y origen, probando con cien argumentos que si faltaran todas las otras, ella sola sostendria la sociedad en su ruina y le daria eterno lustre. De aquí nace una série indefinida de groserías, de desprecios, de censuras muchas veces injustas, frecuentemente falsas, y siempre descorteses. Un buen sacerdote con quien se confesaba Despreaux, le preguntó *¿cuál era su profesion?*—*Soy poeta*, respondió el penitente.—*Mal oficio*, replicó el padre: *¿y poeta en qué género?*—*Poeta satirico*.—*Peor está eso: ¿y contra quién habeis hecho sátiras?*—*Contra los compositores de comedias y novelas*.—*¡Oh! si es para esto, enhorabuena;* y le dió inmediatamente la absolucion. En consecuencia de esa

inurbanísima pretension, Alcibiades dió un bofetón á un maestro de retórica porque no tenía un ejemplar de las poesías de Homero; y otro adorador de este poeta hizo voto de leer diariamente mil de sus versos en reparacion de los males que se le hacian.

§ 9º *Irritabilidad y tosquedad.*

El espíritu colérico y desabrido es el azote de las tertulias, como el carácter dulce y apacible es su bálsamo. La irritabilidad hace décuplo el sentimiento de la propia ofensa; y muchas veces tiene su fuente en la íntima persuasión de no merecer ningún miramiento. Así las personas mas irritables son comunmente las cabezas mas pequeñas, mas vacías y mas destituidas de cualidades efectivas. Convencidas de su nulidad, se inclinan á creerse objeto del desprecio de otros, y se confirman en esta idea cada vez que por inadvertencia se descuida para con ellos la mas pequeña ceremonia. Una palabra escapada en un momento de calor, de vivacidad, de alegría, es escaminada por ellas con todo el rigor, no ya de la lógica, sino del puntillo, desprendida de aquellas circunstancias que si no la justifican plenamente, la demuestran hija mas bien de la irreflexion que de la malicia.

“Mucho desdice el ser melindroso y delicado, dice el Sr. Casa, y principalmente á los hombres; supuesto que tratar con esa clase de personas no parece compañía sino servidumbre; y ciertamen-

“te hay algunos tan frágiles y delicados que vivir  
 “y permanecer con ellos, no es otra cosa que emba-  
 “razarse entre mil vidrios pequenísimos; así temen  
 “cualquier leve colision, y así conviene tratarlos y  
 “y considerarlos; y de tal manera se ofenden, si no  
 “está uno pronto y solícito á saludarlos, visitarlos,  
 “reverenciarlos y responderles, como se lastimaria  
 “cualquier otro á quien se le hiciera una mortal in-  
 “juria; y si no se les dá su título ó tratamiento, ha-  
 “cen nacer quejas las mas ásperas, y enemistades  
 “mortales. *Vd. me ha llamado caballero, y no se-  
 “ñor. ¿Y por qué no me trata vd. de V. S?*  
 “*Así llamo yo al señor fulano. Y no se me dió el*  
 “*lugar que me correspondia en la mesa. Y vd.*  
 “*no se dignó venir por mí á casa ayer como yo*  
 “*lo hice con vd. el otro dia. Estos no son modos*  
 “*que deben emplearse con una persona como yo.*  
 “Verdaderamente apuran tanto la paciencia estas  
 “personas, que no puede sufrirse el verlas, porque  
 “se aman con extremo á sí mismas; y tanto se ocu-  
 “pan de ello, que poco tiempo les queda para amar  
 “á otros. Además de esto los hombres requieren  
 “que haya en las maneras de aquellos con quienes  
 “tratan, aquel agrado que en tal acto pueda caber;  
 “mas el vivir con tales gentes y tan fastidiosas, cu-  
 “ya amistad se despedaza tan ligeramente, como un  
 “sutilísimo velo, no es tratar sino servir, y por es-  
 “to no solo no deleita sino que desagrade en de-  
 “masía.

“Otros no hacen buena cara á nadie; y con todas sus ganas dicen *no* á todo; y no agradecen ningún honor y caricias que se les haga, á manera de gente estraña y bárbara; no consienten ser visitados ni acompañados, y rehusan todos los ofrecimientos. *El señor fulano me encargó os saludase en su nombre.— Y qué me importan sus saludos?— El señor zutano me preguntó cómo estáis.— Que venga y me tomará el pulso.*”

La natural rustiquez del hombre, la falta de educación, una necia vanidad, la pequeñez de espíritu, tal vez amargos resentimientos ó la imposibilidad de participar de los placeres sociales, bastan á explicar en general los indicados defectos.

Una causa especial de irritabilidad y aspereza, era antiguamente el necio orgullo de familia, por el cual, persuadidos algunos de ser vasos de oro y todos los otros de fango, huían de todo contacto con ellos, se mostraban ajenos de toda confianza y siempre se les veía preparados á un desprecio habitual.

Finalmente, hay una irritabilidad y aspereza que es hija de temores *imaginarios*. Está comiendo un asno su cebada, y uno pasa á su lado sin pensar en él; aquel se voltea enseñando los dientes, temiendo que se le quite parte de su pasto ó todo. En ese estado de alarmas se encuentran algunos, porque creen tener siempre un enemigo de frente; así están continuamente apercibidos á la defensa y aun dispuestos á asaltar á quien jamás ha pensado en

ellos. Una mirada incierta, una palabra dudosa, un acto que no saben explicar, les escita al momento su mal humor; de aquí resultan mil descortesias, cesan muchas amistades, se engendran enemistades odiosas y desaparece la alegría de una tertulia.

Valgan contra estos defectos las siguientes reflexiones. 1ª La sociedad es una plaza de comercio, donde se dá amor por amor, estimacion por estimacion, odio por odio, y desprecio por desprecio. En este cambio de afectos cada uno procura no ser engañado, y rehusa dar mas de lo que recibe.

El orgulloso querria violar estas dos leyes; dá desprecio y quisiera admiracion; dá poco ó nada, y quisiera mucho; de aquí es que se irrita no recibiendo en proporción de sus pretensiones; es irracional como el que con pocos centésimos quisiera comprar piedras preciosas.

El tiempo que se pierde en quejarse inútilmente, en apercibirse á la defensa, en rumiar contra el que no piensa en uno, ocúpese en hacerse estimable en alguna cosa, y se recogerá contento y respeto, cuando en la actualidad no se obtienen sino desprecio y pesar.

2ª Escelente cosa es la sensibilidad á la opinion pública, porque sirve de estímulo á la virtud y de freno al vicio; mas es locura hacer depender la propia felicidad de la opinion eventual de éste ó aquel.

No aspire á evitar las picaduras,  
Que aun de Apeles las obras inmortales  
Un zapatero impúsoles censuras.

Pretender que nuestra conducta obtenga la aprobación de todos, es querer que á todos gusten los mismos manjares. *Los falsos juicios del vulgo*, no rebajan el precio de nuestras acciones, como las nubes nada hacen desmerecer la luz del sol.

Hay personas cuyo elogio seria una infamia y cuyo desprecio es una señal de mérito. Ecsamínense, por ejemplo, las obras de algunos de esos impostores que se llaman historiadores contemporáneos y de la época: no parece que se propusieron mas objeto que desahogar las ruines pasiones de su negra alma contra los hombres, que por distar tanto de sus versatilidades y criminales proyectos, no les han merecido un rasgo, ya que no de su despreciable elogio, de calificada verdad. Pues al reflexionar en el carácter y vicios de tales escritores, el hombre honrado debe considerarse en su legítimo puesto bajo el venenoso diente de su censura, mientras que sus encomios los haria sonrojar. Seamos, pues, *sensibles á la opinion pública*, y sordos á las desatempladas voces particulares que discuerdan de ella; *busquemos la aprobacion de las personas sensatas, cuerdas y virtuosas*, y riámonos de las bellas querías y burlas de los locos y viciosos.

Un viagero, dice Boccacini, fué importunado por el ruido de las cigarras; quiso matarlas y se alejó del camino: él debió haber continuado su camino, y las cigarras al cabo de ocho dias habrian muerto por sí mismas.

3a Si tenemos algun defecto físico, seamos los primeros en reinos de ellos nosotros mismos; de esta manera se escapará de la murmuracion de los demás, puesque mostrándonos delicados y vidriosos de este lado, cada cual se procurará el placer de punzarnos. Alfieri, obligado á llevar peluca en su juventud, cuando estaba en el colegio, se hizo inmediatamente el blanco de las burlas de sus contemporáneos. "Al principio, dice, me resolví á resistir abiertamente; mas viendo que por ningun camino podia salvar mi peluca del desenfrenado torrente que por todos lados me asaltaba, y que corría riesgo de perderla y á mí mismo, mudé inmediatamente de partido y tomé el mas desenvuelto, que fué el de quitármela yo mismo antes que se me hiciera por otro tal afrenta, peloteándola por el aire por mis propias manos, acompañándole mis burlas. En efecto, despues de algunos dias, desfogada de esta suerte la ira pública, quedó la peluca menos perseguida ó mejor diria la mas respetada, entre dos ó tres que se encontraban en aquella sala. Entonces aprendí, que se necesitaba parecer que se daba espontáneamente lo que no se podia impedir le fuese á uno arrebatado."

Benedicto XIV hizo mas: un mal poeta habia impreso una sátira contra él: el pontífice la ecsaminó, la corrigió y la despachó al autor, asegurándole que corregida de ese modo, la venderia mejor.

4ª Chesterfield añade: "No manifesteis el mas pequeño signo de resentimiento, si no podeis satisfacerlo en algun modo: sonreid siempre que no podais castigar. No se podria vivir en el mundo si no se pudieran esconder, ó al menos disimular los justos motivos de resentimiento que diariamente se encuentran en una vida activa y negociosa. Quien no es dueño de sí mismo en tales ocasiones, deberia dejar el mundo y retirarse á una ermita ó desierto. Mostrando un resentimiento inútil y profundo, se autoriza al que pueda ofendernos y con quien no se puede hacer lo mismo: se les dá el pretesto, que acaso desean, para romper con uno é injuriale, mientras que una reprension contraria los forzaria á estar dentro de los límites de la decencia y desconcertaria ó descubriria su malignidad."

En suma, las débiles cañas son las que se dejan turbar por cualquier soplo del viento, mientras que las altas y robustas encinas resisten á los aquilones.

Así pues, en tanto que se trate de injurias leves, la mejor respuesta es la sonrisa del desprecio; mas si las injurias fueren graves, *que ofendan el honor*, las merece quien las sufre: el resentimiento es tan justo en este caso, como es justa la ley que las castiga.

§ 10º *Curiosidad de los negocios ajenos.*

No puede censurarse bastantemente, como con-

trario á la confianza y por ello á la alegría, el prurito de aquellos que quieren conocer todos los negocios ajenos, saber sus mas menudas circunstancias, que piden noticia de los nombres y lugares, y, para sacar de la boca alguna cosa mas, fingen antes no haber oido bien, piden luego aclaracion de una duda, ó presentan una sospecha como infalible, y, viendo que se la rechaza, afectan desengañarse pasando á una sospecha opuesta y advertidos de nuestra negativa ó asombro, se repliegan sobre sí mismos para volver al ataque; y ó con gran pompa de tolerancia, nos invitan á desabrochar nuestra alma ó nos sorprenden con improvisas y aisladas preguntas: y puestos sus ojos con fijeza sobre los nuestros, tratan de leer en el semblante la impresion que hacen sus discursos, la que comparada y unida á nuestra respuesta, les sirve de guia para dar con la verdad. Esta curiosidad lleva á los habladores, á los envidiosos, á los malignos por todas las casas, palcos y cafés, donde recoger y contar

..... Los ocultos lances

Del instable amor, con las otras causas

De disgustos frecuentes, y los casos

Ocurridos ayer, las fuertes riñas,

Las moribundas ó nacieses llamas,

Las constancias forzadas, ó las iras

De un amante furioso, ó las falsías

Mas secretas del uno y otro esposo,

Con mútua paz llevadas y sufridas,

¡Dulces asuntos de que ledas gozan

Con placer sin igual y sin malicia

Las mugeres en pláticas sabrosas!

Esé prurito de indagar los negocios de otro, es tanto mas activo, cuanto mas se carece de ideas y sentimientos propios; puesto que necesitando nuestro ánimo de un continuo pasto, si no lo encuentra en sí mismo, lo va á buscar en casa ajena.

Parece que aun la vanidad concurre á hacer mas activo el aguijon de la actividad. Se cree adquirir algun grado de gloria con poder decir, *Yo lo sé, yo lo he visto*: en efecto, los necios y los ociosos admiran estas noticias, y juzgan de ingenio agudo y perspicaz al que las refiere, mientras que su talento se reduce á dar oídos á los discursos de los criados ó caballeros de otros.

Como en todas las clases sociales, es la realidad á la apariencia como el grosor de la rana al del buey; y como cada uno se esfuerza á cubrir con un colorido lisonjero las propias debilidades, por esto el curioso que quiere hacer penetrar su mirada bajo el velo de las cosas, ofende sensiblemente el amor propio de otro, y tanto mas cuanto que de una parte se temen malignos comentarios y de otra se ven amenazadas de publicidad las propias miserias y defectos, sabiéndose por todos que *el curioso es indiscreto y charlador*. Fuera de desear que los curiosos llegasen á descubrir en sus pesquisas descortesias ora una accion virtuosa, que la modestia pretendia sustraer á las miradas de otros, y ora algun accidente que ofendiese su amor propio; como sucedió á Caton, que estimulando á César á que mos-

trase una carta que recibió en pleno senado, y de que él hacia misterio, se encontró con que era una carta amatoria de puño de su misma hermana. Cuando se trata de cosas un poco importantes, el curioso corre peligro de asegurarse el honrosísimo título de espía.

Franklin nos dá un método, si no para librarnos de los curiosos, al menos para truncar su importunidad: estriba en precisar el discurso y limitar su asunto, de modo que escluya cualquiera pregunta eventual. Cuando este filósofo viajaba por su pais y dudaba del camino que debia escoger, sabiendo lo curiosos y preguntones que son los americanos, acostumbraba decir á las personas á quienes se dirigia: "Me llamo Franklin, impresor de profesion; vengo de tal punto; quiero ir á tal otro: ¿qué camino debo seguir?"

Declarando por inurbana la excesiva curiosidad, es de advertir á los jóvenes que en muchos casos es una virtud; porque la indiferencia, el descuido y la insensibilidad son la mayor ofensa para el amor propio que quiere se ocupen otros de él y conservar las apariencias de la modestia. La urbanidad obliga, pues, á pedir frecuentes noticias, á mostrarse inquieto por la suerte de otro, á esternar placer ó dolor á la *fortuna ó desgracias* ajenas. El infeliz, como en otra parte se ha dicho, siente aliviarse el peso de sus males cuando los descubre á su semejante; pero temiendo muchas veces importunar-



lo, devora en secreto su pesar: entonces es preciso que una tierna sensibilidad, le haga una dulce violencia, y vierta el bálsamo del consuelo sobre las heridas de su alma: la curiosidad de los superiores ó de los amigos, es en tales casos un rocío celestial. De la misma suerte, como el temor de atraerse la tacha de vanos, aconseja á muchos encubrir sus honores y afortunamientos; por esto la urbanidad, como ya se ha dicho, quiere que dirijamos el discurso de esta parte, pero con destreza y conveniencia tal de palabras, que se muestren la congratulacion y el elogio desprendidos de adulacion y mentira.

En suma, la curiosidad es reprehensible cuando amenaza publicar las debilidades é imperfecciones de otros; y laudable cuando tiende á dar realce al mérito ó proveer de socorro al necesitado.

## CAPÍTULO VII.

*Borrascas de las tertulias ó disputas.*

Los jardines de los filósofos de Atenas se extendian desde las riberas del Ilitso hasta las del Cefiso. Los epicureos se establecieron en el centro, los discípulos de Platon al Norte y los de Aristóteles al Sur. Jamás se vieron vecinos menos turbulentos ni menos celosos: un sendero de olivos, un bosquecito de mirtos, una cerca de rosas separaba los sistemas y servia de limite al reino de la opinion. Empero no son igualmente pacíficas las tertulias; la diversidad de las ideas abre campo á contiendas ruidosas, acompañadas ó seguidas de varios inconvenientes.

§ 1.º *Idea de la personalidad.*

Discutir es alegar las razones y los argumentos en que se apoyan dos opiniones opuestas, sin atender á las *personas* que los proponen; la discusion degenera en disputa al momento que se mezcla alguna *personalidad*.

No se entiende por personalidades aquellas patentes injurias que prohibe toda buena sociedad, sino las que, si bien menos graves, no dejan de ser al